

tes, que ponen sucesivamente al pequeñuelo en la disposición correspondiente. Esto proviene de que por sí misma la voluntad se halla privada de conocimiento, y de que su compañero el entendimiento, carece á su vez de voluntad: ésta es comparable á un cuerpo movido por alguna causa, y la inteligencia, á las causas que le ponen en movimiento, pues la inteligencia es el *medium* de los motivos.

Pero, con todo, aunque la voluntad, como acabamos de ver, se convierte en el juguete de la inteligencia desde que abandona su libre impulso, sabrá mostrar bien claramente su supremacía, cuando, llegada la ocasión, quiera hacer sentir en última instancia toda su autoridad. Entonces prohibirá á la inteligencia ciertas representaciones; no le consentirá evocar esta ó la otra serie de pensamientos, porque sabe, es decir, porque la misma inteligencia le ha enseñado que estos pensamientos la llevarían á uno de esos estados de agitación que antes hemos descrito; por eso refrena á la inteligencia y la obliga á dirigirse hacia otros objetos. Por difícil que sea la operación, se consigue en cuanto la voluntad lo exige seriamente, pues la resistencia no parte de la inteligencia que carece de voluntad; viene de la voluntad misma, que por ciertas consideraciones se inclina hacia una representación y por otros motivos la rechaza.

Una representación puede, en efecto, ofrecer interés en sí á la voluntad, pero el conocimiento abstracto advierte á ésta que aquella representación la agitaría sin provecho ni dignidad. Tal advertencia la decide, y entonces obliga á la inteligencia á obedecer. Esto se llama «ser señor de sí». El señor es aquí evidentemente la voluntad y el servidor la inteligencia, puesto que aquélla es siempre quien ordena en

definitiva; ella es, pues, la sustancia propia, la esencia del hombre. Por este concepto, tendría derecho al título de *Πρωτονιστον*; mas esta cualidad parece corresponder, por otra parte, á la inteligencia, en el sentido de que ésta es el guía y el conductor, como el *cicerone* que acompaña á un extranjero. En verdad, la relación entre la voluntad y la inteligencia está fielmente caracterizada por el apólogo del ciego que lleva á cuestas á un paralítico que le guía.

También es fácil advertir la naturaleza de esta relación fijándose en que primitivamente la inteligencia ignora por completo las decisiones de la voluntad. La inteligencia suministra los motivos, pero sólo después, muy *a posteriori*, es cuando descubre cómo han obrado, de igual manera que en un experimento de química ponemos los reactivos y aguardamos el efecto. La inteligencia se halla hasta tal punto excluida de las verdaderas decisiones, de las resoluciones ocultas de la voluntad, que sólo puede tener conocimiento de ellas (como si perteneciesen á un extraño) á fuerza de espiarlas y por sorpresa. Para descubrir las verdaderas intenciones de la voluntad debe sorprenderla en el acto de su manifestación.

Citaré algunos ejemplos. He concebido un plan, pero conservo todavía algunos escrúpulos acerca de él; por otra parte, no es seguro que sea realizable, pues su realización depende de circunstancias exteriores y todavía inciertas, de suerte que es inútil, por el momento, adoptar resolución alguna sobre el particular, y así dejo en suspenso el negocio. Pero ocurre muchas veces en estos casos, que yo mismo ignoro cómo me he apegado secretamente á aquel plan y hasta qué punto deseo su realización, á pesar de mis escrúpulos; entiéndase bien, mi inteligencia es quien lo

ignora. Pero que llegue á mí alguna noticia que me indique que la cosa es factible; al instante se despertará en mí una alegría triunfal, difundiéndose por todo mi ser y apoderándose de mi espíritu hasta el punto de sorprenderme á mí mismo. En este instante es cuando la inteligencia advierte con qué calor había mi voluntad abrazado aquel proyecto y cómo la agradaba cuando la inteligencia lo tenía aún por problemático y por difícilmente compatible con sus escrúpulos.

Supongamos que, en otra circunstancia, contraigo con una persona un compromiso que á los dos nos obliga y que creo muy conforme con mis deseos. Posteriormente, los inconvenientes y las desventajas del negocio se dejan sentir y adquiere la sospecha de que me arrepiento de una cosa que tan ardientemente había procurado, pero me defiende de esta sospecha dándome á mí mismo la seguridad de que cumpliría el compromiso, aunque no me hubiera obligado á ello. Pero acaece que la obligación llega á quedar anulada inesperadamente, por actos del otro contratante, y me sorprende entonces la alegría y el descanso que esto me produce.

Muchas veces no sabemos ni lo que deseamos, ni lo que tememos. Podemos, durante años, abrigar un deseo sin confesárnoslo ó sin darnos cuenta exacta de ello, pues la inteligencia debe ignorarlo, por cuanto padecería nuestra buena opinión de nosotros mismos. Pero si llega á realizarse la cosa, comprendemos por nuestra satisfacción, no sin avergonzarnos de ello, que la deseábamos efectivamente, v. gr., la muerte de un pariente próximo á quien heredamos.

Tampoco sabemos mejor, á veces, qué es lo que tememos, porque nos falta valor para esclarecerlo en

nuestra conciencia. Muchas veces estamos completamente equivocados acerca del motivo que nos impulsa á obrar ó á abstenernos: el azar es quien descubre el velo y nos enseña que el verdadero motivo no es el que suponíamos, sino otro muy distinto que no queríamos confesarnos porque no se acomoda á la buena opinión que tenemos de nosotros mismos. Por ejemplo, nos abstenemos de cualquier acción, á nuestro parecer por razones puramente morales, pero más tarde advertimos que sólo el temor nos refrenaba, pues realizamos aquel acto cuando ya no ofrece peligro. En ciertos casos va tan lejos esto, que ni siquiera se sospecha el verdadero motivo de un acto, ni nos creemos capaces de movernos por un motivo semejante, cuando lo cierto es que sí.

Dicho sea de paso, todo esto comprueba y explica la máxima de Larrochefoucauld: «el amor propio es más hábil que el hombre más hábil del mundo». También lo que queda dicho puede servir de comentario al precepto socrático γνωθὶ σεαυτὸν y á la dificultad de practicarlo.

Si la inteligencia fuese nuestra esencia propia, como creen todos los filósofos, y las determinaciones de la voluntad fueran sólo un producto del conocimiento, no debería de haber otro factor determinante de nuestro valor moral que el motivo en virtud del cual creemos obrar, de igual modo que á la intención y no al resultado es á lo que se atiende en este orden. Pero, á decir verdad, la distinción entre los motivos verdaderos y los falsos sería imposible entonces.

Los hechos citados, así como todos los demás casos análogos que cada uno, con un poco de atención, puede observar en sí mismo, nos muestran que el intelecto es extraño á la voluntad hasta el punto de ser en-

gañado con frecuencia por ella; pues él la suministra los motivos, pero no penetra en el laboratorio secreto de sus determinaciones. Es un confidente de la voluntad, pero un confidente al cual no se le dice todo. Esto se ve en el hecho, que cada cual puede comprobar con su propia experiencia, de que á veces la inteligencia no tiene completa confianza en la voluntad. Sucede, en efecto, cuando hemos tomado alguna resolución importante y osada, la cual no constituye todavía más que una promesa hecha á la inteligencia por la voluntad, que dudamos aún ligeramente de nosotros mismos sin confesárnoslo, y no sabemos si emprendemos seriamente aquello de que se trata, si vacilaremos ó retrocederemos en el momento de la ejecución ó si tendremos hasta el fin la firmeza y la perseverancia necesarias. Necesitamos llegar al acto para asegurarnos de la sinceridad de la determinación.

Todos estos hechos demuestran suficientemente la gran diferencia entre la inteligencia y la voluntad, la supremacía de esta y la subordinación de aquélla.

4) La inteligencia se fatiga; la voluntad es infatigable. Después de un trabajo intelectual prolongado se siente la fatiga del cerebro, como la del brazo después de un trabajo manual. El conocimiento va acompañado de esfuerzo; la voluntad, por el contrario, es nuestra esencia propia, cuyas manifestaciones se producen sin trabajo alguno, por sí mismas. Cuando nuestra voluntad se halla fuertemente excitada, como sucede en todos sus afectos, cólera, terror, deseo violento, pesar, etc., si se apela á la inteligencia para que venga á justificar los motivos del afecto en cuestión, la violencia que tenemos que hacernos con este fin, demuestra que pasamos de un estado de actividad primaria, natural y esencialmente propia de

nuestro ser, á una actividad derivada, mediata y forzada.

Sólo el querer es *αυτοματος*, por consiguiente, *ακηματος και αληπιτος ηματα παντα* (*lassitudinis et senii expers in sempiternum*). Sólo él trabaja automáticamente, á veces con demasiada fuerza y demasiada presteza, sin conocer la fatiga. El niño de teta, que muestra apenas un vago asomo de inteligencia, posee ya voluntad propia; sus rabieta y sus gritos sin fin ni medida, testifican la enérgica voluntad que de él se desborda, y, sin embargo, su querer no tiene todavía objeto; es decir, que quiere sin saber lo que quiere. Cabarrús dice á propósito de esto: «Todas esas pasiones se suceden de una manera tan rápida y se pintan con tanta candidez en la móvil fisonomía de los niños. Mientras los débiles músculos de sus brazos y de sus piernas, apenas saben producir algunos movimientos indecisos, los músculos del rostro expresan ya, por medio de movimientos distintos, casi toda la serie de afectos generales propios de la naturaleza humana. El observador atento reconoce fácilmente en este cuadro los rasgos característico del hombre futuro».

Por el contrario, la inteligencia se desenvuelve lentamente, al compás del crecimiento del cerebro y de la madurez del organismo entero, que son sus condiciones, puesto que no es aquélla más que una función orgánica. El cerebro acaba su crecimiento á los siete años, y á partir de esta edad, es cuando los niños adquieren tan sorprendente inteligencia, y se hacen tan curiosos de aprender y tan razonables. Después viene la pubertad, que presta al cerebro nuevo apoyo, y en cierta manera le da la tabla de armonía, haciendo dar un gran paso á la inteligencia y elevándola, por decirlo así, una octava, paralelamente al cambio de la

voz, que se hace más grave en la misma proporción. Pero al mismo tiempo, las pasiones y los apetitos carnales que se despiertan, vienen á turbar el estado de serenidad anterior, y este nuevo estado va agravándose en lo sucesivo.

Una nueva prueba de la naturaleza infatigable de la voluntad, es esa falta de que se dejan llevar, más ó menos, todos los hombres, y de la cual puede sólo preservarnos la educación del espíritu: me refiero al aturdimiento, á la precipitación, que consiste en que la voluntad se pone á trabajar antes de tiempo. En efecto; este trabajo que concierne á la ejecución es la parte puramente activa y debe venir después que la inteligencia ha acabado completamente su tarea, que es la exploración, la parte deliberativa. Pero es raro que se espere á esto. Apenas el conocimiento, desde las alturas en que reside, ha percibido y recogido precipitadamente algunos pocos datos acerca de algún caso que se nos presenta, de un acontecimiento que surge ó de una opinión ajena que se manifiesta, cuando ya en las profundidades del organismo donde habita, se eleva la voluntad, siempre prevenida, siempre infatigable y aparece bajo la forma de horror, temor, esperanza, alegría, deseo, codicia, envidia, cólera, furor y nos impulsa á palabras ó actos precipitados, seguidos, con frecuencia, de arrepentimiento; cuando el tiempo nos enseña que la inteligencia, el *τηρημονικον*, no había podido acabar más que á medias su trabajo de inspección de todos los detalles, ni darse cuenta de su encadenamiento para señalarnos la línea de conducta más prudente.

Pero la voluntad no esperó á esto: antes de que llegara su hora se adelantó impetuosamente, gritando: «ahora me toca á mí»; y comenzó su tarea. La in-

teligencia no puede oponer resistencia, pues sierva y esclava de la voluntad, no es como esta *αυτοματος*, ni puede obrar por su propio poder y con su propio movimiento. La voluntad sabe fácilmente echarla á un lado y mandarla con un gesto que permanezca quieta, mientras que la inteligencia tras los mayores esfuerzos no puede obligar á la voluntad á una breve pausa, durante la cual pueda ella elevar su voz. Por eso son tan raras, y casi no se encuentran más que entre los españoles, los turcos y acaso también entre los ingleses, las personas que no pierden la cabeza ni aun en medio de las circunstancias más propias para producir excitación; que siguen examinando imperturbables el caso, y que cuando otros se hallarían fuera de sí, formulan *con mucho sosiego* (1) alguna pregunta nueva acerca del asunto. No hay que confundir esta calma con la de la mayoría de los alemanes y los holandeses, que depende de la apatía y la torpeza intelectual. Iffland (un célebre actor) ha sabido expresar admirablemente ese don precioso, en el papel de Benjowski, el *ataman* de cosacos: los conjurados le han atraído á su tienda y le apuntan á boca de jarro con los fusiles, advirtiéndole que si da un grito es hombre muerto; Iffland sopla en el cañón de un fusil para ver si está cargado.

De diez cosas que nos irritan, hay nueve que no llegarían á producir este efecto, si nos diéramos cuenta de las causas que las han producido y nos convenciéramos así de su necesidad y de su verdadera naturaleza; por eso deberíamos reflexionar más antes de entregarnos á la cólera ó á la tristeza.

La inteligencia es para la voluntad en el hombre,

(1) En castellano en el original.

lo que la brida y el bocado para un caballo demasiado fogoso; debe dirigirla por medio de la instrucción, de los consejos, de la educación, etc., pues por sí misma la voluntad es un impulso tan salvaje y tan impetuoso como la fuerza que se manifiesta en la caída de una catarata, y ya hemos visto que en esencia son idénticas estas fuerzas.

En los excesos de cólera, en la embriaguez, en la desesperación, la voluntad se desboca y se abandona á su naturaleza primitiva. En el estado de *mania sine delirio*, se desprende de la brida y el bocado, y entonces es cuando descubre bien su esencia elemental y cuando puede verse que es tan extraña á la inteligencia, como lo es el caballo al bocado. En este estado se la puede comparar también á un reloj cuyo muelle se escapa cuando desaparece la sujeción que lo contiene.

Esta consideración nos hace ver también que la voluntad es el elemento primario y metafísico, y la inteligencia el elemento secundario y físico. Por esta calidad, la inteligencia, como todo objeto físico, se halla sometida á la *vis inertiae*. No obra sino impulsada desde fuera, empujada por la voluntad que la domina, la dirige, estimula sus esfuerzos, y, en suma, le comunica la actividad de que se halla privada originalmente.

Así es que la inteligencia descansa de buen grado, cuando la voluntad se lo permite; se muestra inerte y poco dispuesta al trabajo; una aplicación constante la fatiga hasta embotarla por completo y se agota como una pila voltaica al cabo de repetidas descargas. Por eso todo trabajo intelectual largo, exige pausas y descansos sin los cuales sobrevendrían el entorpecimiento y la incapacidad. Al principio este estado es pasajero, mas si de una manera constante se priva al intelecto

de reposo y se le mantiene en una tensión exagerada y permanente, caerá en una situación estable de agotamiento que con la edad, degenerará en incapacidad completa, en chochez senil, en imbecilidad ó locura. Estos males no son inherentes á la vejez por sí misma. Si se presentan es porque se ha tiranizado al cerebro, abrumando á la inteligencia de una manera continua. Así es como nos explicamos á Swif loco, á Kant vuelto á la infancia, á Walter Scott, Wordsworth, Southley y otros *minorum gentium* que se volvieron idiotas ó incapaces. Goethe conservó hasta su muerte toda la limpidez, fuerza y actividad de sus facultades mentales, porque como hombre de mundo y cortesano, jamás se violentaba por proseguir sus ocupaciones intelectuales. Wieland, Knebel el centenario y Voltaire se encuentran en el mismo caso.

Todo esto nos prueba una vez más que la inteligencia es secundaria, física y un mero instrumento. He aquí por qué la tercera parte de su existencia está consagrada á la inacción total, durante el sueño, es decir, durante el reposo del cerebro, cuya función es, y que la precede tan necesariamente como el estómago ha precedido á la digestión ó el cuerpo que choca al choque. Con la edad, la inteligencia se debilita y se gasta al mismo tiempo que el cerebro.

La voluntad, como cosa en sí, jamás está ociosa, jamás se fatiga. Su esencia es su actividad, jamás cesa de querer, y durante el más profundo sueño, cuando la inteligencia la abandona y no la suministra ya los motivos por virtud de los cuales obra al exterior, trabaja como fuerza vital, provee más libremente á la conservación interior del organismo, y remedia, á título de *vis naturae medicatrix*, los desórdenes que pueden haberse introducido. No es ella, como la inteli-

gencia, una función del cuerpo, *el cuerpo es quien es su función*, y por eso, *ordine rerum*, ella le ha precedido como *substratum* metafísico, como cosa en sí del fenómeno. La voluntad comunica, de por vida, su infatigable actividad al corazón, á ese *primum mobile* del organismo, que por esta razón ha venido á ser su símbolo y su sinónimo. Ella no desaparece con la edad; continua queriendo lo que ha querido; hasta se hace más firme y más inflexible cuando la inteligencia se debilita; así es que sólo aprovechando la debilidad de ésta es como se puede ganar ascendente, en estos casos, sobre la voluntad. La debilidad é imperfección de la inteligencia, de que testifican la falta de juicio, la estrechez de espíritu, la necedad y la locura de la mayoría de los hombres, serían enteramente inexplicables si la inteligencia, en vez de ser un instrumento secundario y accesorio, fuese lo que han querido los filósofos hasta el día, es decir, la esencia íntima y primitiva de lo que se llama alma, del hombre interior. Pues ¿cómo la naturaleza primitiva, en su función inmediata y propia, podría cometer tantas faltas y errores?

Lo que hay de verdaderamente primitivo en la conciencia humana, que es la voluntad, actúa siempre con perfección. Toda criatura *quiere* sin cesar, enérgica y categóricamente. Sería erróneo considerar la inmoralidad como una imperfección de la voluntad. La moralidad tiene, á decir verdad, un origen que se halla más alto que la naturaleza, y generalmente se muestra en contradicción con las manifestaciones en que se afirma la voluntad. Por eso va directamente la moralidad contra la voluntad natural, y en su marcha ascendente acaba por suprimirla. Para esta cuestión remito al lector al cuarto libro y á mi Memoria laureada *El Fundamento de la moral*.

5) Una nueva prueba de que la voluntad es lo que hay de real y de esencial en el hombre y de que la inteligencia es lo secundario, condicionado y formado accesoriamente, es que la última no puede desempeñar sus funciones con claridad y exactitud, más que en tanto que la voluntad permanece muda y tranquila; toda agitación sensible de ésta altera el funcionamiento intelectual y con su intromisión falsea los resultados. La intervención de la inteligencia, por el contrario, no estorba la acción de la voluntad. De igual modo, la luna no alumbra mientras el sol está en el horizonte, pero no le impide á él alumbrar.

Un gran terror nos hace perder la cabeza dejándonos como petrificados ó impulsándonos á las cosas más insensatas; v. gr., sorprendidos por un incendio, nos hace caminar derechamente hacia las llamas. Poseídos de cólera, no sabemos lo que hacemos ni menos lo que decimos. El apasionamiento, calificado por esto de ciego, nos vuelve incapaces de apreciar los argumentos de los demás, de hablar y de exponer convenientemente los nuestros. La alegría, y casi tanto como ésta la codicia, nos vuelven irreflexivos, inconsiderados y temerarios. El temor nos impide descubrir y aprovechar los medios de salvación que nos quedan y que muchas veces tenemos al lado.

De ahí que la sangre fría y la presencia de ánimo sean el don más esencial para librarse de un peligro repentino y para luchar con enemigos ó adversarios. La sangre fría consiste en que la voluntad enmudece para que pueda obrar la inteligencia; la presencia de ánimo proviene de que la inteligencia no se turba á pesar de la presión que los acontecimientos ejercen sobre la voluntad. Se ve, pues, que la sangre fría es la condición de la presencia de ánimo; ambas se aproxi-